

FERNANDO URIARTE

## LA NOVELA CHILENA Y LA VIDA INTRAHISTORICA

---

SÓLO PENSAR en escribir algo muy general sobre la novela chilena, desanima. Se justifica esta sensación porque teorizar sobre la centenaria labor de nuestros novelistas no es lo mismo que comentar esta o aquella novela, al filo de una lectura ocasional hecha sin compromiso mayor, en la que atendemos, casi exclusivamente, a esa onda de emoción pasajera que el relato mueve en nuestro corazón. Las lecturas se han sumado sin orden, sin plan preconcebido, circunstancialmente, en el transcurso de los años. Tenemos hoy una discreta experiencia como lector y como hombre del país, lo que es muy poco tener para habérsola con la larga fila de historias de precisa cronología, con el desbordante caudal humano que comparece en nuestro recuerdo, solicitando un juicio englobador.

Tenemos en nuestra biblioteca decenas de estos libros desiguales, en los que nuestros novelistas escorzaron la vida que vieron y vivieron, al tiempo que dejaban en ellos un trozo de su alma. Faltan muchos, sin embargo; estos libros chilenos son los primeros en extraviarse en los cambios de domicilio. Algunos son irrecuperables, como las vidas que llevan dentro; sobre todo, los que se quedaron enredados en los bancos escolares.

Las novelas chilenas que hemos leído, que son muchas, en representación de las que no hemos leído, que son muchas más, adelantan el perfil de los problemas que acosan el vivir del chileno y componen el esquema de soluciones y fracasos, reveladores de nuestra íntima condición. En efecto, nuestra novela contiene la clave más significativa del fugaz acontecer de la existencia personal, y ha retenido retazos de la realidad que fue posible en cada hora. Adscrito irremediabilmente a la gleba temporal, el novelista, aun cuando se oponga al modo de ser de sus contemporáneos, maneja en la ficción la esencia deformada o fiel de la existencia. La novela chilena, como todas las novelas, se constituye

dentro del drama humano o en máxima proximidad a él. La crítica, sin renunciar a sus prerrogativas de selección, debe considerar que la expresión novelística, como forma del conocimiento, es de las más rigurosas; su importancia como documento queda muy por encima del simple gusto discriminatorio. El crítico literario es, antes que nada, un sujeto que necesita leer y ser fecundado por otro que posibilita su comentario. La existencia del crítico supone la preexistencia del novelista y aquél es tributario de la obra, mediocre o egregia, generadora de buena parte de su pensamiento. La reflexión sobre esta deuda originaria del crítico llevaría moderación a la actitud petulante, injusta y cruel, que caracteriza a ciertos opinadores que no reparan en que nuestra novela es, por lo menos en un punto, tan respetable y meritoria como la más excelsa: en identificar adecuadamente la íntima tonalidad que impera, con suave melancolía, en el secreto de nuestra existencia nacional. Ese fondo inconsciente de la cotidianidad que Unamuno denominó vida intrahistórica, no es controlado por los esquemas abstractos que emanan de las grandes estadísticas o de las investigaciones de rango científico, promovidas por los institutos a la moda. Nuestra novela, articulada y sometida al ritmo del acontecer real, ha logrado, muchas veces, igualar la imagen oculta de la vida en su diaria gestación. Es más eficaz el método de la novela que el que practica el internacionalismo imperante para abordar el conocimiento de las naciones. Nuestras buenas novelas acceden directamente al succulento hontanar, vedado a las abstracciones de tipo sociológico.

Ortega y Gasset expresaba en su libro póstumo *Una Interpretación de la Historia Universal*:

Lo que más temo es la enorme fe que esos grandes países tienen en esa información (se refiere a la información periodística más seria y responsable). Porque ello implica que creen que es fácil saber lo que pasa en un país a un extraño que llega a él, contemplándolo desde fuera, y esto, a su vez, supone tener de lo que es un pueblo, de lo que es una nación, una idea errónea, porque es ignorar que la vida colectiva de un pueblo, de una nación, es una intimidad y, en cierto modo, un secreto en sentido muy parejo al que tienen estas palabras cuando de la vida personal decimos que es una intimidad y un arcano al cual no puede llegar fácilmente nadie que la contemple desde fuera.

Esta vida histórico-social, que comienza en la persona en soledad y se proyecta tornasolada en el medio ambiente, a través de relaciones e incrementaciones, es retenida, parcialmente, por la poesía y por la pintura. No es ese el mérito particular de estas artes. Es faena de novelistas bajar a lo profundo y levantar hasta nuestro oído la

esquiva melodía, cuidando de respetar la nota más escondida y secundaria; esas segundas y terceras figuras de nuestro mundo novelesco, a primera vista desdeñables, que sostienen con su borrosa presencia los grandes gestos del primer protagonista. En la novela, que es reflejo de lo temporal, acopio de minucia y de matiz, no tiene cabida el hombre en gran escala, que sólo ahora, después de un siglo de tentativas, se deja entrever. Se han necesitado miles de volúmenes reiterando actitudes, humores, fracasos, para hacer visibles las series familiares de personajes que pululan en el dintorno de nuestra existencia. Cierta frecuencia en la desgracia o en el éxito, la semejanza aproximada de las situaciones, la concordancia fisiognómica en el proceder de los aluviones generacionales, abocados a resolver dificultades análogas; paralelismos sorprendentes, repeticiones, etc.; todo ello compone el panorama de hoy y es el único fundamento de un concepto esclarecedor del destino colectivo. Nuestros novelistas han gestado el fabuloso documento sumando vidas individuales, persiguiendo el conocimiento que se genera en la intimidad del hombre.

Dilthey pensaba que "la vida es lo primero y siempre presente, las abstracciones del conocimiento son lo segundo y se refieren siempre a la vida", y potenciaba el método singular que emplea la novela señalando que "la comprensión de la realidad entera de una existencia individual, la descripción de su peculiaridad en su medio histórico, es una empresa máxima de la historiografía, equivalente por la profundidad de la tarea, a cualquier exposición histórica que modele un material más amplio".

La trama imprevisible de la vida espontánea, que es el tema de la novela, no es exclusivamente de ésta; lo comparte con otros géneros literarios como el Teatro y el Cuadro de Costumbres. *Jotabeche*, Ruiz Aldea, Moisés Vargas, Barros Grez, testifican la vivencia del hombre del país, sobre todo Moisés Vargas, que en sus *Lances de Noche Buena* consigue transmitir la densidad de unas horas de fiesta perdidas en el siglo pasado.

La sustancia vital de la novela chilena se patentiza en nuestros días con mucha claridad; la perspectiva se desplaza resuelta desde mediados del siglo XIX; ofrece constantes temáticas y argumentales que informan el grisiento monologar de los personajes, curiosamente articulados en un medio social como el nuestro, que permite el brinco rápido entre los diferentes estratos. Así, tenemos la presencia del prójimo como competidor, que produce una forma de convivencia reticente en un juego consabido de mutuos disimulos. A esto sigue la desazón de aparentar, sin buenos resultados, un falso origen mediante deformaciones convenientes, y la impaciencia por trascender

de una vez los términos de la propia clase social. Es el modo clásico chileno que alguien denominó *Martinrivismo*, brote de humanidad análogo al *Bovarismo* francés.

No es novedad, pero es muy cierto, que la novela chilena coagula definitivamente en Blest Gana, y más precisamente en *Martín Rivas*. Desde entonces, son las *Leonor Encina*, los *Martín Rivas*, los *Amador*, los *Rafael San Luis*, los *Agustín Encina*, el afrancesado "que no aprendió francés en París, y olvidó el español", a la par que vidas literarias, figuras consabidas de la realidad social. Los novelistas posteriores al autor de *Los Trasplantados*, con excepción de imaginistas, que atienden a un mundo exótico y aventurero, y de criollistas que han tenido que conquistar un mundo enterrado en el paisaje, queriendo o sin querer, tornan a estilizar la pasta vital que Blest Gana perfiló. En la lenta progresión histórica se van haciendo efectivas las variaciones posibles.

La varazón de caracteres que contienen las páginas de nuestro primer novelista fue captada de una sola vez. Tal hecho constituye un interrogante de primer orden para el investigador sociológico. ¿Qué quiere decir, en la totalidad de nuestra vida nacional, que en los años en que Blest Gana escribe se puede *ver* nítidamente nuestro modo de ser, cristalizado en piezas representativas como *Martín Rivas* o *El Loco Estero*? Por lo pronto debemos admitir que esas vidas, esos modos de ser, ya estaban ahí y eran vida cotidiana que algunos decenios atrás sólo se percibía como tendencia germinante. Al iniciarse nuestra novela algo quedó resuelto y consolidado en la vida intrahistórica; algo que cada cierto número de años se modifica e incrementa al presentarse una nueva situación, en un ciclo progresivo de posibilidades. Sucedió mucho tiempo que la variación extrema consistió en un somero progreso en las condiciones higiénicas, en el *confort*, que apenas afectó lo más externo. El asunto chileno era substancialmente el mismo, y coincidía exactamente con los temas de la novela santiaguina. Hasta entrado este siglo no se barruntan síntomas que hagan sospechar un cambio profundo. Si la novela se particulariza por ceñirse estrechamente a la existencia, todo cambio de consideración en el enfoque literario deberá iniciarse en el hontanar de la vida íntima, mina inagotable de temas y problemas. Tal vez Joaquín Edwards Bello sea el Blest Gana de la nueva etapa de la novela y su determinación cronológica exacta, la fecha de aparición de *El Roto*. La nueva serie de tipos, autorizada por una nueva vida, más rica y despierta, en violenta oposición con el pasado, es la tarea interpretativa que ha correspondido a D'Halmar, Barrios, Latorre, Hernán Jaramillo, Durand, Lomboy, Nicomedes Guzmán, Coloane,

Juan Godoy y tantos otros que sería largo citar, pero que recordamos. La ola es potente y crece con la ayuda de muchos escritores de éxito discreto; en la cima se han ubicado, por ahora, los libros de Manuel Rojas, que satisfacen incluso a lectores muy trabajados por otras literaturas. Cada día tiene su novelista midiendo la variación vital; el último lote, integrado entre otros por José Donoso, Enrique Lafourcade, Claudio Giaconi y Alfonso Echeverría, garantiza una espléndida sucesión. En las novelas de Manuel Rojas, Nicomedes Guzmán y José Donoso dan respuesta a la circunstancia actual las esfumadas criaturas que concibiera Blest Gana. No podemos dejar de advertir el centenario parentesco, posiblemente muy diluido, que confiere unidad a nuestra literatura. Este aire de familia borroso, se complica con otra característica de las novelas chilenas: muchas de ellas se titulan con el nombre propio de un personaje —*Martin Rivas*, *Juana Lucero* o *María Rosa Flor del Quillen*— o, por lo menos, con un calificativo que lo singulariza claramente como *Gran Señor* y *rajadiablos*, *Zurzulita* o *Hijo de ladrón*; todas ellas intentan la fijación literaria de un tipo muy especial, pero sucede que una opaca atmósfera, repleta de segundas figuras, amenaza constantemente el brillo del protagonista en el recuerdo del lector. El ambiente supera al individuo, borra las aristas y mancha un poco todo el conjunto. Ejemplo notable de este indefinible peso atmosférico sobre un sujeto, es la historia que nos cuenta Eugenio González Rojas en su novela *Noche*. La presión constante de los seres que pululan por los rincones de la escena logra imponerse a la larga, porque hay en él la fuerte verdad de la situación vital en que se debaten. El protagonista viene muy pensado y suele fracasar, no tiene la soltura espontánea de las segundas figuras, cuyo amplio registro incluye toda la topografía social.

Este fichero de humanidades representativas, formado por hombres con vocación, no ha costado nada al Estado, ni a nadie. No existe entre nosotros el escritor profesional; sólo la presión de la inteligencia, el altruismo desmesurado que se apasiona en la captación de unos minutos fugaces, que perpetúan ocultas pulsaciones, ilusiona la desigual falange de imagineros nacionales.

El grosor que la vida ha adquirido en nuestras ciudades no ha desdibujado completamente el esquema de Alberto Blest Gana. Si bien es cierto que en la Alameda no hay paseos, ni por el Parque Cousiño transitan carruajes elegantes; si en nuestras reuniones no se bebe la mistela de las viejas tertulias, destronada por el *wisky* inglés; si ya nadie goza vacaciones en las quintas de Renca y menudean los viajes vertiginosos al extranjero; si la técnica invade los hogares

con eficaces instrumentos y sabemos lo que sucedió una hora antes en Pekín, no es menos cierto y real que Leonor Encina se sigue casando con Martín Rivas, Amador ingresa a un partido político no siempre muy popular y Rafael San Luis asume, año por año, la Presidencia de la Federación de Estudiantes. Todos pasan una vez al día por la calle Ahumada y sus aledaños, y no es un desatino lo que imaginó Tancredo Pinochet en su curioso libro *Motín en la Biblioteca*, novela que describe el retorno a la realidad de la mayoría de los personajes de nuestras novelas. En este libro, escrito con cariño por un hombre que debió tener, además, buena dosis de alegría intelectual, convive una vez más la espectral multitud de caracteres en un juego ingenioso. La Biblioteca es un falansterio que recibe visitas todos los días.

Como ocurre en la Cárcel Pública, a los visitantes no se les permite entrar en el interior, a visitar a los prisioneros en sus celdas. Estos tenían que ir 'a la reja', dejándoseles entrar en el gran salón de recepción, donde las conversaciones eran cuchicheos secretos. Y, como en la cárcel de General Mackenna, no todos los prisioneros recibían visitas. Había algunos que estaban allí años, y años y años, lo que parecía una eternidad, sin que nadie los fuera a ver. Otros recibían visitas todos los días, mañana y tarde. Esta inmensa población de seres ficticios, que están prisioneros en la Biblioteca Nacional, son, en verdad, personas con más vida real que los hombres y mujeres que nacen y mueren actualmente en el ancho mundo.

Está muerto Blest Gana, pero está viva su creación, *Martín Rivas*. Cuando en el diario vivir de la realidad mundana, una madre robusta da a luz un hijo rollizo, tanto la madre como el hijo mueren algún día. Pero cuando un novelista de imaginación potente crea un personaje, el novelista morirá, pero no su personaje.

Tenía razón Tancredo Pinochet: no todos los personajes reciben visitas; no llegaron a protagonizar las obras más famosas, y las liceanas no llenan boletas para averiguar quiénes fueron. Al entrar una novela a la Biblioteca Nacional, se salva para el recuerdo un trozo de realidad esencial, aunque inadvertida muchas veces por estar entretejida en los sótanos de la vida. En la omnímoda perspectiva de nuestra literatura se aprecian todos, no queda fuera nadie, ni nada. Entre estas figuras opacas hay algunas que provocan una simpatía especial, porque los seguimos viendo todavía y, si nos proponemos, podemos hablarles en algún rincón de Santiago.

Clorinda Laguardia, la madre de Esmeraldo, que cantaba con gracia melancólica en el prostíbulo de la calle Borja, hembra robusta y derrotada que se daba maña para acicalarse frente a un pedazo de espejo antes de llevar a Esmeraldo a la cárcel a visitar a su marido. La Firme Clorinda, madre de *El Roto*, que atravesaba la amplia plaza de la Estación Alameda, obligada por un duro menester, es

la hermana sin suerte de Perpetua, ama quillotana del muchacho de *Valparaíso, la Ciudad del Viento*.

Ricardo Puelma, sabroso memorialista de *Arenas del Mapocho*, puede ser recordado de muchas maneras, pero hay una peripecia de su dura vida de corte picaresco que siempre nos hará reír. Muchacho de diez y siete años, trabaja como dependiente de D. Róbinson González que comerciaba telas alemanas de bajo precio en la calle San Diego, frente a la plaza próxima a la iglesia del Sagrado Corazón. Despensero, llavero, para todo servía, y aceptaba obligaciones humillantes que refiere sin amargura.

Terminada la comida se iban las chicas a la cama, mi prima a reposarse en su pieza, mientras D. Róbinson haciéndome cerrar las puertas del comedor se sentaba allí mismo en la bacinica, como en un trono... Yo de pie a su lado, como una matrona en el parto, esperaba suavizando un pedazo de papel...

Los delincuentes que encontró Eugenio González hacinados en la prisión de la isla Más Afuera, recordando con tristeza los fracasos de una vida torcida. El Ñato Japón, Camañiñi, la viñeta macabra de El Chute moribundo, a quien siendo muchacho en Santiago "una tarde abochornada y amodorrante de Diciembre, Rosa, la amiga de su madre, lo inició, sobre un sofá, en los misterios del sexo". El emigrante, que revela la excelente humanidad de Benedicto Chuaqui, representa a una generación de luchadores que en este sesquicentenario descomponen la estructura tradicional de nuestra sociedad, con hervores y apetitos desmesurados. Los *galleros* de Juan Godoy no se han movido de cierto lugar de la Gran Avenida.

No todo es inquietante o antisocial entre las vidas sombrías que la caña de pescador del novelista extrae de la torrentera de existencias anónimas. Entre libro y libro, con frecuencia reveladora aparecen sujetos desteñidos que van fracasando sin gran desesperación, que suavizan la amargura en la somnolencia de ciertos hábitos tenaces. Son hombres que visten discretamente, que frecuentan determinados bares y no se sabe con precisión dónde viven. No tienen partido político, mejor dicho, pertenecen al gran partido de la ciudad, y, casi siempre, sostienen secretamente vicios mediocres. Se refugian en residenciales y pensiones; sus bienes no van más allá de una maleta o un baúl y la fotografía de los padres. Mariano Latorre nos dejó la estampa del *Finado Valdés*, relato que vale como una ficha universal de miles de seres semejantes: burócrata del Ministerio, pensionista de la calle Nataniel, concurrente diario de una cervecería alemana de la segunda cuadra de San Diego. Los domingos solía

apuntar una jugada menor en el Club Hípico, y, según nos refiere Latorre someramente, había solucionado su vida erótica con la dueña de la pensión. *El Finado Valdés* tenía poco crédito, no podía deber más que algún mes de pensión, algunos días de periódico, el té de media tarde en el Ministerio... Lo curioso del cuento de Latorre radica en que, junto al dibujo medular del burócrata acomodado a un vivir relativamente resuelto, entre su cigarrillo trigo regular a flor de labio y las escasas alternativas de su vida penumbrosa, nos ofrece la reacción imprevista que un tipo como él puede tener en la ocasión propicia. Valdés había conseguido lentamente cierta sabiduría de la vida, dormía en él un légamo de jovial y solidaria humanidad que torció bruscamente el curso de su vida y la llevó a un rápido desenlace. Sospechamos que en la legión de chilenos análogos a Valdés algo espera, sin prisa, alerta a las variaciones del contorno; una latencia aventurera, una vocación de vida plena que se concreta y rinde fulgurante en situaciones ajenas a la disciplina de la vida regular. Esto puede suceder de muchos modos. A Valdés lo emancipó un viaje a las minas de carbón integrando la comparsa de un político socialista. Este personaje se puede detectar y analogizar fácilmente en muy diversas circunstancias. Se da, por ejemplo, el caso de hombres casados que renuncian a su ocupación, liquidan su casa y se arriesgan, jubilosos, cuando algún gobierno declara nuevos Puertos Libres. No van allí a buscar fortuna solamente o primordialmente, sino expansión vital al contacto con lo imprevisto. La ilegitimidad los seduce profundamente. Salvador de Madariaga sentenciaba en su *Bolívar* sobre estas categorías del vivir en Hispanoamérica. Su concepción rinde para el chileno —Valdés y sus análogos— lo siguiente: viven sometidos a la “garnacha” del europeo, mientras en sus venas corre, adormecido, el vigor del “caballero de capa y espada”.

La especie del hombre opaco, de todas las clases sociales, que muestra el espejo retrovisor de la novela —Andrés Avalos, coleccionista de bastones que se defendía en cama con las Memorias de *Saint Simon*, en la novela *Coronación* de José Donoso; Octavio, el personaje de Manuel Rojas, que no logra vencer su timidez en un reservado de la Quinta Normal, en *Mejor que el Vino*—, es una de las muchas que pueden anotarse, si atendemos a las concordancias más que a los contrastes, en el hecho humano que sobrenada en los relatos. Tal hermenéutica nos exime de entrar en calificaciones apresuradas de nuestra literatura.

Hay tipos que nos dejan perplejos. ¿Cuándo los conocimos? ¿En los libros o en la realidad? No es fácil teorizar; la divagación es pro-

picia, en cambio. Los ambientes se conforman con espontánea fidelidad: el club monumental o la pensión descascarada; la situación aflictiva, la ambición sin esperanza. Parece que tenemos un conocimiento previo de todos los gases del globo novelesco nacional. La lectura se transforma en comprobación y reviviscencia, en entrañable convivencia, y la simpatía se antepone al juicio. No podemos realizar lo que Platón dejó inventado: alejarse de las cosas para volver a ellas con un esquema previo en que calcen y se organicen.

Hay que conseguir esto de otra manera. Entrando al azar, por cualquier portillo humano, para verificar la estructura interior de nuestra vida, la referencia oculta, el nacimiento de las motivaciones, inalcanzable al saber teórico. Porque la novela es conocimiento insuperable de lo que fluye, en tanto que fluye, y lo que rinda el esquema tendrá que provenir de la desbordante sensación. Un determinado tipo de humanidad fija automáticamente un orden, una clara organización general, con todos los recovecos del complejo organismo social. El hombre del vicio se explica por los mismos motivos que el recto y controlado. El delincuente por el honesto, el resentido por el jubiloso. La mujer triste y desventurada por la madre alegre y serena. El convoluto de problemas dispara las diferencias que dan al conjunto la forma orgánica y esencial de la vida chilena.

Un carácter, bien estudiado en la peculiaridad de sus costumbres, produce innumerables reflejos que, al chocar y entretorsearse con otros análogos o diferentes, convierte el conjunto en una sucesión de tornasoles expresivos.

Resulta arduo teorizar sobre nuestra novela, porque no nos interesa como "cosa en sí", independiente de nosotros, a la que podemos referirnos con calificativos que subrayen sus momentos interesantes, agradables o ingeniosos. No nos es tan lejana; en cambio, nos compromete hasta el extremo de anular nuestras posibilidades de discernimiento con respecto a su valor.

La novela chilena ha mostrado en cien años los altibajos de la vida intrahistórica, hasta en sus menores detalles. Esta tarea constituye un honor para todos y cada uno de nuestros fabuladores desde Blest Gana hasta el día que corre. En sus realizaciones, de cualquier rango o valía, se ha ido formalizando el documento capital de nuestra existencia.